

39

INFLUENCIA DE SANTO TOMÁS

EN LA MÍSTICA DE

San Juan de la Cruz y Santa Teresa

POR EL

P. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P.

(DE «LA VIDA SOBRENATURAL»)

=====
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS
=====



SALAMANCA
CONVENTO DE SAN ESTEBAN
Editorial FIDES (Ap. 17)

—
1924

G-F 17121



DG
COM

INFLUENCIA DE SANTO TOMAS

EN LA MÍSTICA DE

San Juan de la Cruz y Santa Teresa

POR EL

P. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P.

(DE «LA VIDA SOBRENATURAL»)

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



SALAMANCA
CONVENTO DE SAN ESTEBAN
Editorial FIDES (Ap. 17)

1924



Influencia de Santo Tomás en la mística de San Juan de la Cruz y Santa Teresa

Rigans montes de superioribus suis
(Ps. 103, 13).

La poderosa influencia ejercida por el Doctor Angélico en los grandes místicos especulativos que le sucedieron, puede verse con sólo leer un poco a Taulero, a Dionisio Cartujo, a Alvarez de Paz o a La Puente. Por de pronto, en casi todos los carmelitanos es bien poco menor que en Vallgornera, quien con verdad pudo titular su famosa obra: *Mystica Theologia Divi Thomae*.—Así no hay por qué insistir sobre ello, pues salta a la vista.

La que no es tan notoria, es la ejercida en los místicos prácticos, en los Maestros en quienes predomina la experiencia sobre la especulación y la teoría. Mas no por eso deja de ser muy real, especialmente en los más acreditados, como lo son San Juan de la Cruz y Santa Teresa. En aquél la ejerció en parte directamente y en parte quizá por medio de Taulero, en quien manifiestamente parece haberse inspirado no pocas veces el gran Doctor Carmelitano; y en ella, sin duda indirectamente, por la lectura de autores más o menos tomistas, y por el trato de tantos confesores y directores dominicos.

A esos tan excelsos montes de santidad y de luz, tan radiantes con destellos divinos, parece como que los regó e

hizo más amenos con lo más elevado y escogido de su doctrina, para que ellos pudieran luego, con acierto y seguridad, saciar cumplidamente la tierra de tantos corazones sedientos. Todos los grandes místicos, por muchas que fueran sus propias luces y altísimas las noticias infusas que en el trato íntimo con Dios recibieron, sintieron, como el mismo San Juan de la Cruz advierte, la necesidad de asegurarse con la autoridad de algún maestro; y ninguno como el gran Doctor de Aquino para cuantos saben muy bien que quien le siga va muy seguro, y los que de él se apartan se hacen más o menos sospechosos, conforme dijo un Sumo Pontífice.

Así vemos cuántos ánimos y cuánta seguridad cobraba la mística Doctora cada vez que consultaba a los grandes teólogos dominicos, por cuyas bocas le hablaba Santo Tomás: de donde resulta el verse ella siempre en el fondo tan inspirada en él, aunque sin darse cuenta de ello ni por lo mismo parecésele apenas nada en la forma, que siempre suele serle tan propia y original.

Mas San Juan de la Cruz, con ser también hasta cierto punto originalísimo, parécese en todo, en el fondo y aun con suma frecuencia hasta en la misma forma o expresiones de las altísimas enseñanzas que más le caracterizan y acreditan, conforme trató ya de mostrar bien por extenso el P. Quiroga, C. D. (1).—Y no es porque guste mucho de mencionarlo sin necesidad, pues el gran Doctor místico jamás hace alardes de erudición si no es en Sagrada Escritura; a Santo Tomás sólo unas tres o cuatro veces le cita expresamente: una para declarar la naturaleza de la contemplación y mostrar que, si ésta es verdadera y no de puro

(1) «Los teólogos místicos que más han estudiado a Santo Tomás y San Juan de la Cruz, como Felipe de la Santísima Trinidad, Antonio del E. S. Vallgornera, José del E. S., advierte el P. Garrigou-Lagrange (*Perfect. chrét. et contempl.* p. 576), piensan que hay perfecta armonía entre los principios de estos dos grandes maestros. Ciertamente que San Juan de la Cruz, como antes Taulero y Rusbrockio, añade muchas precisiones, pero éstas se hallaban virtualmente en los principios del Doctor Angélico, y estos principios son los que permiten entenderlas bien y caminar con seguridad en estas difíciles cuestiones».

nombre—como la ficticia que llaman *adquirida*, que hoy algunos tanto encarecen y él nunca conoció—, siempre nace y termina en amor de Dios (2-2, q. 180, a 7, ad 1): otra para describir los grados del mismo amor, y otra, en fin, para explicar las visiones... Pero sin citarlo, como tan asimilado le tenía en las escuelas salmantinas, en todo parece inspirado o apoyado en él. Así en todas sus muchas excursiones a «filosofar» o teologizar, escolásticamente, vémosle exponer la más pura doctrina tomista... Y no sólo ahí, sino aun cuando más alto se eleva—casi hasta perderse de vista—en alas del don de inteligencia, con que tanto resplandeció, o parece derretirse en las dulzuras del divino amor, o fundirse y transformarse con los ardores de la caridad bien ordenada con el don de sabiduría, oírmosle explicarse, según vamos luego a ver, con expresiones tomadas en gran parte de labios del Doctor Angélico, aunque luego por él maravillosamente ampliadas e ilustradas con la elocuencia que nace del corazón lleno de Dios.

Así en todo le hallaremos siempre de acuerdo con él, y muy particularmente en dar a conocer las verdaderas fases progresivas del camino espiritual y los correspondientes estados de alma y, sobre todo, al declarar en qué consiste la vida propiamente espiritual, en qué la verdadera santidad y la plena perfección cristiana y mostrar cómo todo esto en el fondo es una misma cosa, que consiste en estar plenamente poseídos y dirigidos del Espíritu santificador que nos hace ser verdaderos hijos de Dios, espirituales y perfectos en Cristo, que gozan ya del pleno ejercicio de los místicos sentidos espirituales y sienten las cosas del espíritu y gustan cuán suave es Dios, y así entienden ya admirablemente el lenguaje de la divina Sabiduría y pueden correr y volar por las sendas de la justicia, logrando ya, como por cierta manera de gusto o de olfato espiritual, conocer cuál sea en cada caso la voluntad de Dios para cumplirla en todo fielmente, como logran cumplirla los perfectos; y así también perciben los altísimos toques de amor que «a vida eterna saben» y suscitan noticias divinas elevadísimas con que el alma que-

da purificada y renovada y, remontada sobre todo lo terreno, se hace cada vez más apta para penetrar con el don de inteligencia hasta en los íntimos misterios de Dios. De este modo es como vienen a quedar alumbradas nuestras tinieblas, disipadas nuestras ignorancias, purificadas todas nuestras obras lo mismo que nuestras intenciones y virtudes y potencias, y transformada en resplandores de vida divina nuestra pobre mortalidad.

De donde se sigue que esa vida es única, como que es la del mismo Jesucristo viviendo en nosotros por una plenísima comunicación de su Espíritu; y uno el camino que a ella conduce, que es la perfecta imitación del mismo Salvador, a quien, siguiéndole fielmente, llegaremos por fin a quedarle íntimamente *unidos*, a medida que vayamos siendo iluminados con su *lux de vida*, y transformados con los vivos resplandores de su verdad.

Y a todos llama el divino Maestro para que de El puedan recibir esa plenitud de vida (Joan. 1, 12, 16; 3, 16; 6, 58; 7, 37; X, 10), a todos los sedientos ofrece esas místicas aguas, a todos cuantos de veras le imiten hasta el heroísmo de las virtudes, promete para esta misma vida los inestimables tesoros de las bienaventuranzas, que están en la cumbre de la perfección a que debe tender todo buen cristiano.

Mientras que el principiante va como contando sus pasos y mirando y remirando dónde pone el pie, y calculando las dificultades y los medios de vencerlas, y haciendo sus planes y meditando y reflexionando bien sobre lo que hace y lo que debería hacer, como si el negocio de su adelantamiento en la vida espiritual, aunque obra de la gracia, dependiera en todo de sus industrias y esfuerzos (con lo cual tiene que proceder de una manera muy baja y rastrera, o sea al modo humano, según las normas e iniciativas de la propia razón tal como se halle más o menos ilustrada por la fe); el cristiano perfecto y aun en gran parte el que se le acerca, o sea el aprovechado, procede ya de un modo sobrenatural y divino, «quasi deus factus», por estar poseído del Divino Es-

píritu y como deificado, o bien como movido, dirigido e inspirado del mismo Espíritu Santificador.

Esto es lo que hace al hombre realmente *espiritual*, santo y perfecto cristiano, a quien ya nada falta para la plena expansión de las gracias bautismales, con que merezca el nombre de consumado en la virtud y justicia, y así sea verdadero hombre de Dios, apto para toda obra buena por grande que sea.

En la vía purgativa propia de los principiantes, dice Santo Tomás (2-2, q. 24, a. 9), aunque se debe tender siempre a la unión con Dios con actos de amor y la práctica del bien, predomina el esfuerzo por apartarse y preservarse del mal; en la iluminativa, propia de proficientes o aprovechados, aunque debe proseguir la purificación y acrecentarse la unión, predomina la ilustración del alma con el resplandor de la verdad contemplada y la fiel práctica de toda virtud, con que corre presurosa por las sendas de la justicia; y en la unitiva, a la vez que se consuma la purificación y se llega a la plena iluminación, predomina la firme adhesión a Dios y la fruición del Sumo Bien.

Lastres cosas deben, pues, ir siempre bien unidas, aunque predomine una de ellas; y así no hay en realidad tres vías separadas, sino una sola vía ascendente con tres fases principales, caracterizadas por lo que en ellas predomina.—Pero todas esas tres cosas: purificación de pecados y defectos, iluminación con obras propias de hijos de la luz, y adhesión a Dios con actos de amor y de gozo en El, se realizan muy imperfectamente mientras que el alma, aunque ayudada de la gracia, tenga que hacerlo a su bajo modo humano y con sus propias industrias, como sucede en la ascética, o sea en la práctica que llaman ordinaria de la virtud. Y sucederá por necesidad hasta que esta virtud se complete y perfeccione con el ejercicio de los dones, que le dan la madurez de los frutos del E. S. y de las bienaventuranzas, y mediante los cuales el alma se habilita para sentir los suavísimos toques, oír las santas inspiraciones y seguir las delicadas mociones del Divino Huésped, bajo cuya soberana influencia,

procediendo ya de un modo sobrehumano, acabará ella de purificarse cuanto es menester para poder empezar a iluminarse de veras y perfeccionarse en todo; de tal suerte que muestre ser ya fiel hija de Dios, como verdaderamente poseída y dirigida del Espíritu Santificador (Rom. 8, 14), que poco a poco la irá transformando de claridad en claridad hasta configurarla con el Divino Modelo (2 Cor. 3, 18).

Y en eso está la plena perfección a que debe todo cristiano aspirar, y lo más característico de la vida mística.

Así el don de sabiduría que en ésta hace sentir tan al vivo las inefables dulzuras de Dios, a la par y previamente ilumina y aun purifica para hacerlas sentir cada vez mejor y para facilitar el ejercicio del don de inteligencia; el cual, según dice Santo Tomás (3 Sent. d. 34, q. 1, a. 4; d. 35, q. 1, a. 2), purifica a su vez de los fantasmas de la imaginación y aun de las formas y representaciones de nuestro pobre entendimiento, a fin de que pueda luego el alma remontarse a las más encumbradas alturas y penetrar en los más profundos misterios de la Divinidad.

San Juan de la Cruz, como Doctor místico que en todo se mostró, no escribió nunca de propósito sobre cosas puramente ascéticas, o propias de principiantes y de sus modos discursivos de oración, ni de los demás ejercicios de la vida purgativa. De lo que acerca de ésta pudo enseñar a los novicios, no tenemos sino algunas referencias y conjeturas. En sus libros todos, aun en la misma *Subida del monte Carmelo*—con ofrecer cierto aspecto ascético—, no enseña lo que hay que hacer a nuestro modo para salir de las sendas del mal y emprender la del bien, encaminándonos hacia el Monte santo: no se dirige a todos, sino tan sólo a ciertas almas venturosas que, según iban tratando de subir como a su modo podían por las faldas de ese encumbrado Monte del Señor, les hizo ya El la merced de incapacitarlas más o menos para discurrir y tener oración al modo humano, poniéndolas en la mística oscuridad de la *noche del sentido*, que allí se empieza a comentar.—Por esto en ese libro se enseña no lo que conviene empezar a hacer al modo humano, sino lo

que debe procurarse para dejar todo modo y todo proceder humano, a fin de quedar cada vez más vacíos de todo y dejarse poseer y mover sin resistencia alguna del divino Espíritu, para que así, bien purificados los ojos del corazón, vayan quedando cada vez más iluminados con los resplandores del Sol de justicia que irán percibiendo en mística contemplación, según vayan con eso despertando sus sentidos espirituales.

Así comienza el Santo diciendo en el mismo Prólogo, que va a tratar de cosas inefables, que no pueden saberse bien sino por experiencia; y que con ser tales, le movió a declararlas en lo posible la mucha necesidad de ciertas almas las cuales, «quiriéndolas N. S. poner en esta *Noche oscura*, para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante..., por no... dejarse entrar en ella... Y así para este saberse *dejar llevar de Dios*, cuando Su Majestad los quisiere pasar adelante... daremos doctrina y avisos... Porque acacerá que lleve Dios a un alma por altísimo camino de oscura contemplación y sequedad, en que a ella le parece que va perdida...»

Y en la *Noche oscura del sentido* (cap. I) empieza así: «En esta noche oscura comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de *principiantes*, que es de los que *meditan* en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los *aprovechados*, que es *ya de los contemplativos*, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de *perfectos*, que es el de la divina unión.»

Según esto mostrará un cristiano hallarse tanto más adelantado o más cercano a su plenitud de vida, cuanto más vaya saliendo del modo humano y pasando al sobrehumano; y tanto más espiritual y perfecto será, cuando más se haya renunciado y vaciado a sí mismo, y dejado llenar y poseer del divino Espíritu.

Y cuando ya merezca el nombre de *espiritual*, sentirá ya las cosas del espíritu, y juzgará con acierto de los misterios de la vida sobrenatural, de los cuales nada o apenas nada puede entender, ni menos juzgar rectamente el *car-*

nal, o sea el «hombre animal» o *pequeñuelo en Cristo*: que lo viene a ser—según el Apóstol—todo aquel que aún juzga y procede al modo humano, contento con solas las luces de la simple fe sin los dones, y con la práctica de la *virtud ordinaria*, incapaz de entender el lenguaje de la mística sabiduría que se habla entre los perfectos, y de discernir bien en los diferentes casos cuál sea el beneplácito de Dios (Rom. 8, 5; I Cor. 2, 6-15; 3, 1-3; Eph. 5, 10).

Eso no es posible hasta que despierten y funcionen bien los sentidos espirituales, en cuyo pleno ejercicio, según el mismo Apóstol y conforme declara Santo Tomás (in Hebr. 5, 14), consiste la verdadera perfección cristiana o sea la edad adulta y madura del varón perfecto (Eph. 4, 13).—Pues entonces, reformado en la novedad de su sentido, conocerá y comprobará por gusto espiritual «cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta», y logrará cumplirla fielmente dejando de «conformarse a este siglo» (in Rom. 12, 2), o sea a los modos y juicios y procederés humanos: y en eso precisamente consiste la perfecta caridad, que es vínculo de perfección de toda virtud (Col. 3, 14).

Esa moción e inspiración divinas que sacan al alma del modo humano al sobrehumano, se dejan sentir no cuando nosotros queremos, sino cuando el divino Espíritu, que inspira donde quiere, se digne obrar en nosotros o inspirarnos. Pero aunque no sabemos cuándo, en todos quiere hacerlo y lo hará más tarde o más temprano con tal que no le resistan ni se le hagan sordos, sino que abriéndole de par en par la puerta de sus corazones con fervientes deseos y ruegos y con la fiel práctica de todos sus deberes y de la virtud ordinaria, procuren vaciarse más y más de sí mismos y dejarse influir y poseer y gobernar de El (1).

«Instinctus actualis Spiritus Sancti in manu nostra non est, advierte Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 68, Disp. 18, a. 2, n. 31); sed est in manu nostra habere cor semper paratum ad obediendum et ut facile mobiles simus a Spiritu Sancto.»

(1) Eph. 4, 22-30; Apoc. 3, 20.

El Dr. Angélico dice repetidas veces que la primera parte de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu... los mansos... los que lloran», etc., merece en todo rigor la segunda: «de ellos es el reino, poseerán la tierra, serán consolados... verán a Dios, etc.»: lo cual se verificará plenamente en la gloria, y aquí de un modo incipiente, gustando un comienzo de ella, mediante la divina contemplación, conforme sucede en los santos o cristianos perfectos, en quienes tan maduros están ya los frutos del Espíritu Santo, que desde este destierro empiezan a gozar de un cielo anticipado (1-2, q. 68, a. 2).—Así en las bienaventuranzas está toda la perfección de las virtudes, no sólo la que éstas puedan tener por sí mismas, o sea ejercitadas al modo humano, sino la que de un modo sobrehumano pueden recibir bajo el influjo de los dones; a los cuales se atribuyen aquéllas principalmente por la gran perfección que implican (1-2, q. 70, a. 3).—Pero todas las bienaventuranzas, con suponer como suponen el buen ejercicio de los dones del Espíritu Santo y de los consiguientes sentidos espirituales, por lo mismo que en ellas está la verdadera perfección de las virtudes, son necesarias para la plena perfección cristiana. Así grandemente se equivocan los que piensan que puede existir ésa sin la vida mística, la cual está caracterizada por ese predominio de los dones, que es necesario en las bienaventuranzas: «Cum beatitudo sit actus virtutis perfectae, omnes beatitudines ad perfectionem spiritualis vitae pertinent» (S. Th. 2-2, q. 19, a. 12, ad 1).

Y sin embargo por ellas empieza la predicación evangélica, dirigida a todos, y en ellas se resume toda la vida cristiana: «Christus in doctrina sua primo praemisit istas beatitudines, ad quas omnia alia reducuntur» (S. Th. in Mt. 5).—Y como hacia la consecución de las bienaventuranzas nos vayamos acercando con el ejercicio de los dones aun más que con el de las virtudes (1-2, q. 69, a. 1), de ahí que sólo cuando empieza uno a aprovechar de veras en los actos de virtudes y dones, es cuando hay fundada esperanza de que llegará a la perfección: «Cum aliquis incipit profice-

re in actibus virtutum et donorum, potest sperari de eo, quod perveniat ad perfectionem vitae» (S. Th. 1-2, q. 69, a. 2).

No basta, pues, cualquier manera de progreso ordinario en las virtudes para que con verdad se pueda tener a uno por perfecto: si aún no ha salido de los métodos y procedimientos de la ascética, si esas virtudes no van acompañadas de los dones que les han de dar la sólida perfección que llegue a un habitual heroísmo, haciendo que el alma se remonte sobre sí misma y sobre todo lo terreno, aún distará ésta mucho de merecer el nombre de perfecta y espiritual, y ni aun merece siquiera, según Santo Tomás y San Juan de la Cruz, el nombre de proficiente o *aprovechada*; pues procederá aún en todo como principiante o carnal; yendo por lo mismo todas sus cosas, conforme dice Santa Teresa (*Camino*, c. 19), más o menos «enlodadas».

Es perfecto, enseña el Angélico Doctor (in I Cor. 2, 6)—explicando las palabras *sapientiam loquimur inter perfectos*—, quien tiene el entendimiento elevado sobre todo lo carnal y sensible, y de este modo puede ya percibir las cosas espirituales, y cuya voluntad, elevada sobre todo lo temporal, a sólo Dios se adhiere.—Así irá asemejándose cada vez más a los bienaventurados, quienes en todo están actualmente unidos a Dios. Y en esta aproximación a la consumada perfección de la patria está la verdadera perfección que en esta vida cabe: «Ut in similitudinem perfectionis illius, quantum possibile est, nos trahamus; et *in hoc perfectio hujus vitae consistit*» (S. Th. Opusc. 18: De Perfect. vitae spir., c. 6) (1).

Estos verdaderamente ansían por ir a ver a Nuestro Señor, y «todo su principal intento es adherirse a Dios y gozarle» (2-2, q. 24, a. 9).

Y a los que así hambread y gustan y sienten las cosas

(1) «Itaque, advierte Pío XI (Enc. Studiorum Ducem, 19 Jun. 1923), *praeceptum de amore Dei quam late pateat, caritas eique adjuncta dona Sancti Spiritus quomodo crescant... haec et talia asceticae mysticaeque theologiae capita si quis pernosse volet, is Angelicum in primis Doctorem adeat oportebit.*»

del cielo, es a los que el Apóstol llama adultos, resucitados con Cristo, espirituales, perfectos, que no juzgan ya según la carne, ni proceden al modo humano, sino como animados y poseídos del divino Espíritu (1); Quien con la comunicación de Sí mismo, de sus dones, de sus ardores y sus divinas propiedades, hace a los hombres perfectos a la vez que espirituales, que ya no se mueven por propio arbitrio ni juzgan según pareceres humanos, sino movidos e instruidos del que es ya su Dueño absoluto, su «Señor y Vivificador».

«In viro *spirituali*, dice Santo Tomás (In Joan. 3), *sunt proprietates Spiritus Sancti*, sicut in carbone succenso sunt proprietates ignis.»

• *Homo spiritualis*, añade (in Rom. 8, 14), non quasi ex motu propriae voluntatis, sed *ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum...: non solum instruitur a Spiritu Sancto quid agere debeat, sed etiam cor ejus a Spiritu Sancto movetur.*»

Y en otro lugar (in I Cor. 2, lect. 3) advierte que el Apóstol llama *espirituales* a los mismos que había llamado *perfectos*: «Eisdem hic nominat spirituales quos supra perfectos, quia *per Spiritum Sanctum homines perficiuntur in virtute...* Dupliciter autem dicitur homo spiritualis: Uno modo ex parte intellectus Spiritu Dei illustrante. Et secundum hoc in Glosa dicitur quod homo spiritualis est qui Spiritui Dei subiectus certissime ac fideliter spiritualia cognoscit. Alio modo ex parte voluntatis, Spiritu Dei inflamante; et hoc modo dicitur in Glosa quod *spiritualis vita est, qua Spiritum Dei habens rectorem, animam regit.*»

Así el espiritual está verdaderamente *poseído y regido* por el Espíritu Santo, con cuyos dones se *perfecciona* en la virtud (3 p. q. 62, a. 2, ad 1), conoce con seguridad las cosas espirituales y—a diferencia del no espiritual—juzga de todo con acierto, por lo mismo que tiene el entendimiento divinamente ilustrado y el afecto ordenado e inflamado. Así es como no puede ser juzgado el hombre espiritual por el no

(1) I Cor. 2, 13-15; II Cor. 3, 18; Rom. 8, 5, 13-14; 12, 2, Gal. 5, 25; Phil. 2, 5; Col. 3, 1-3; Hebr. 5, 12-14.

espiritual, como no puede el despierto serlo por uno que esté dormido. «Apostolus—prosigue—hic dicit quod *spiritualis iudicat omnia*, quia scilicet homo habens intellectum illustratum et affectum ordinatum per Spiritum S. de singulis quae pertinent ad salutem, rectum iudicium habet. Ille autem qui non est spiritualis habet etiam intellectum obscuratum et affectum inordinatum circa spiritualia bona; et ideo *ab homine non spirituali spiritualis homo iudicari non potest*, sicut nec vigilans a dormiente».—Y esta espiritualidad la da el don de sabiduría en que van incluidos los sentidos espirituales. Y así añade: «*Nos autem*, sc. espirituales viri, *sensum Christi habemus*, id est, recipimus in nobis sapientiam Christi ad iudicandum».

De ahí que no puedan ser buenos directores y maestros de espíritu los que no procuran ser, ante todo, verdaderamente *varones espirituales* y tener bien ejercitados sus místicos sentidos, para así poder alumbrar a otros en la medida en que ellos arden (Cf. S. Thom. in Joan. V, lect. 6; S. Juan de la \dagger , *Avisos*, 192).

Conforme a esto, enseña Santa Teresa, que ponerse a juzgar de cosas «de espíritu *sin tenerlo*», es una grandísima temeridad, y que así yerran muchos con muy grave daño de las almas (cf. *Vida*, c. 13, n. 14; c. 34, n. 11).

Y San Juan de la Cruz insiste en ello repetidas veces mostrando cuánto se engañan esos en todo y cómo, a su vez, vienen a tomar lo que no es de Dios por de Dios y lo bajo por alto, y viceversa, los mismos que, con estar ya más o menos adelantados en la virtud, no son todavía bastante espirituales para sentir bien esas cosas, ni por lo mismo, perfectos cristianos y hombres de Dios, bien poseídos del Espíritu del Divino Maestro.

Entonces seremos *perfectos y hombres de Dios*, cuando instruidos, inflamados y habilitados por el mismo divino Espíritu, cumplamos con verdadera perfección todos los mandamientos y principalmente el del amor divino; y así crezcamos en ciencia divina y prosperemos y florezcamos en toda suerte de virtudes y obras buenas, y muy particular

mente en las interiores, que son las que a Dios más agradan y más nos santifican y perfeccionan, y por tanto en la perfecta oración y contemplación (cf. Col. 1, 9-10).

«Non potest homo esse *perfectus*, dice Santo Tomás (in 2 Tim. 3, 17), nisi sit *homo Dei*. Perfectum enim est *cui nihil deest*. Tunc ergo homo est perfectus quando est instructus, id est, paratus ad omne opus bonum, non solum ad ea quae sunt de necessitate salutis, sed etiam ad ea quae sunt supererogationis.»

Y entre estas acciones buenas que le conviene ejercitar, añade (in Rom. 12, lect. 1), las principales son las interiores: «Nam bonum hominis et justitia ejus principaliter in interioribus actibus consistit, quibus sc. credit, sperat et diligit... Unde dicitur (Lc. 17): *Regnum Dei intra vos est...* Interiores actus se habent per modum finis, qui secundum se quaeritur, exteriores vero... sicut ea quae sunt ad finem... Homo in fide et spe et charitate nullam mensuram debet adhibere, sed quanto plus credit, sperat et diligit, *tanto melius est...* Sed in exterioribus actibus est adhibenda discretionis mensura per comparisonem ad charitatem.»

«Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, dice a su vez San Juan de la Cruz (Anot. a Canc. 29), que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios... si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil...»— Cf. Santa Teresa, Vida, c. 20 y 21.

El Apóstol quiere que dejemos de ser niños en los sentidos (I Cor. 14, 20,) y reprende a los Hebreos (c. V), que aun se conducían como tales, necesitando alimentarse con leche,—que son los consuelos, consideraciones, imágenes y representaciones sensibles de que necesitan los principiantes, incapaces de gustar y digerir alimentos más sólidos—, por no entender aún el lenguaje de la perfecta justicia; mientras que el perfecto, desprendido de lo terreno y transitorio, y de las miras y miserias humanas, siente ya bien las cosas de lo alto y tiene sus sentidos espirituales bastan-

te ejercitados para saber en cada caso lo que más conviene, o sea lo que es más grato a Dios; y así necesita ser alimentado con muy más altas doctrinas.

«Omnis qui indiget nutriri lacte, escribe sobre esto Santo Tomás (In Hebr. 5, lect. 2), *expers est, id est, non potest habere partem in sermonibus perfectae justitiae intelligendis...* Hujusmodi non sunt participes pueri. (Is. 28): «Quem docebit scientiam, aut quem intelligere faciet auditum? Ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus...» Quando (homo) pervenit ad perfectionem spiritualem, debet ei exponi doctrina solidior (Y no basta la ascética) .. *Loquenda sunt igitur alta mysteria perfectis...* Apostolus volens ostendere qui sint perfecti quibus sit tradendus iste solidus cibus, dicit quod sunt isti qui pro sua consuetudine habent sensus exercitados. Unde in ista perfectione quatuor sunt attendenda: sc. ipsa perfectio in se in quo consistat, et quantum ad hoc dicit: *Qui habent sensus exercitados...* Qui ergo sentit quae Dei sunt, perfectus est.. Secundo attendenda est dispositio ejus in quo est, quia debet esse exercitatus... *Qui enim non est exercitatus non potest habere rectum iudicium, quod ad hoc requiritur...* Tertio, causa hujus exercitationis est consuetudo.... Et ideo dicit: Pro consuetudine... Quarto, finis hujus exercitii, quia sc. ad discretionem boni et mali.»

Sin ese buen ejercicio de los sentidos espirituales o místicos, imposible es proceder como perfectos ni saber discernir cual conviene lo precioso de lo vil, y dar a cada cosa el valor que merece.

Para juzgar las cosas de Dios como son hay que estar muy espiritualizados muy desprendidos de las cosas y maneras y apreciaciones humanas o carnales, de que aún están más o menos influídos los que todavía no proceden de ordinario al modo sobrehumano, propio de quien obra bajo el influjo de los dones del Espíritu Santo.

El Angélico Doctor advierte muy bien que el Apóstol identifica los conceptos de ser *carnales* y de *proceder a lo humano*—, «secundum hominem»—; porque mientras el

alma no sea elevada al modo sobrehumano, se dejará llevar aun más o menos, como pequesuela, de afectos carnales: «*Affectus rationis humanae secundum ea quae sunt carnis movetur, nisi spiritus hominis per Spiritum Dei supra hominem elevetur.*» (In I Cor. 3, 1-4).

Por eso afirma enérgicamente en otro lugar (in Gal. 5, lect. 4-7), que para que un alma no vacile y pueda proceder con toda rectitud necesita estar regida por el E. S.; y que así *debemos* procurar *ser en todo movidos de El*: «*Nam spiritus humanus... nisi regatur aliunde, fluctuat hac atque illac... Non ergo perfecte stare potest ratio humana, nisi secundum quod est recta a Spiritu divino.—Et ideodicit Apostolus: Spiritu ambulate, id est, per Spiritum regentem et ducentem, quem sequi debemus...*»

«*Si ergo spiritu vivimus, debemus in omnibus ab ipso agi.* Sicut enim in vita corporali corpus non movetur nisi per animam, per quam vivit, ita *in vita spirituali, omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto.*»

Sin vivir así del mismo divino Espíritu imposible es—por más que hoy se diga en contra—llegar a la verdadera y plena perfección de la vida *espiritual*.

Mas para eso es menester una completa negación de nosotros mismos, renunciando en todo a nuestros gustos y pareceres y a las sugerencias del espíritu humano, para sólo atender al Divino con el perfecto ejercicio de los dones y los sentidos espirituales. Y para que éstos funcionen bien se necesita una perfectísima purgación activa y pasiva no sólo de pecados y defectos o imperfecciones voluntarias, sino hasta de toda suerte de imágenes y fantasmas sensibles, quedando el alma como vacía de todo y oscurecida a los modos discursivos humanos, para que en ella obre el don de inteligencia de modo que pueda remontarse en alta contemplación.

El don de inteligencia, advierte el mismo Santo (3. Sent. d. 34, q. 1, a. 4), exige una pureza tal que sea «*non solum a passionum illecebris... sed etiam ab erroribus et phantasmatibus et spiritualibus formis, a quibus omnibus docet dis-*

cedere Dionysius... tendentes in divinam contemplationem*.

Así es como, una vez bien purificados, dejando de conformarse a este siglo en nada, ni aun en los modos y maneras que antes le servían para buscar a Dios, irá el alma «reformándose en la novedad del sentido hasta el punto de poder probar en cada caso cuál sea la voluntad divinas»; y así, vacía de sí misma, empezar a poseer el místico reino, y gozar del premio incipiente de las bienaventuranzas, gustando con el don de sabiduría cuán suave es Dios, y viéndole de algún modo con el de inteligencia.

El Apóstol (Rom. 12, 2) nos dice a todos: «Nolite conformari huic seculo; sed reformamini in novitate sensus vestri, ut probetis quae sit voluntas Dei...»—Lo cual comenta el Angélico diciendo: «Ut *probetis*, id est, *experimento cognoscatis* (Ps. 45: *Gustate et videte*)... Talem ergo experiuntur Dei voluntatem qui non conformantur huic seculo, sed reformantur in novitate sensus sui.»

De este modo es como llega a realizarse en esta misma vida en las almas perfectas, «*in viris perfectis... aliqua inchoatio beatitudinis...*», un comienzo o presagio de la plena felicidad que para siempre han de gozar.—«*Omnia illa praemia perfecte quidem consummabuntur in vita futura, sed interim etiam in hac vita quodammodo inchoantur. Nam regnum coelorum potest intelligi perfectae sapientiae initium, secundum quod incipit in eis Spiritus regnare... In hac etiam vita, purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest*» (S. Th. 1-2, q. 69, a. 2, c. et ad 3).

Y esto sucederá seguramente, según San Juan de la Cruz, cuando el alma llegue al místico Desposorio y sobre todo al Matrimonio espiritual, en que ya tuvo que quedar del todo reformada, transformada, espiritualizada y deificada, hecha como una viva llama de amor que arde con los soberanos incendios que la está de continuo comunicando el Espíritu Santo.

Para llegar a este venturoso estado,—nos declara el Místico Doctor en su *Primer Cántico espiritual* (canc. 27, p. 577 de ed. crít. t. 2) al cual nos remitiremos aquí, así

como también a la 1.^a *Llama*, por creer esos textos más auténticos—el alma «primero se ejercitó en los trabajos y amarguras de la mortificación y en la meditación... Después pasó por las penas y estrechos de amor... Y... después cuenta haber recibido grandes comunicaciones y muchas visitas de su Amado, en que se ha ido perfeccionando y enterando en el amor de El, tanto que, pasando de todas las cosas y de sí misma, se entregó a El por unión de amor en desposorio espiritual, en que, como ya desposada, ha recibido de el Esposo grandes dones y joyas...»—Con esto se dispone para llegar al espiritual Matrimonio, «el cual es mucho más que el desposorio; porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una a la otra, con consumada unión de amor, cual se puede en esta vida, en que está el alma *hecha divina y Dios por participación...* y así es el más alto estado a que en esta vida se puede llegar; y así pienso que este estado nunca es sin la *confirmación en gracia*».

Sólo con esto es como se logra el cumplimiento de todos nuestros deseos y la realización del plan divino. «Porque, añade, todo el deseo y *fin del alma y de Dios* en todas las obras de ella, es la *consumación y perfección de este estado*, por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar a él».

De ahí que a todos, a todos los sedientos llame Dios a estas cumbres de las bienaventuranzas a saciarse en las fuentes de aguas vivas, según enseñó Santo Tomás (in Joan. 7, 37) y repitió Santa Teresa (Camino, c. 19-20).

«De esta tal alma, prosigue San Juan de la Cruz (p. 578), se entiende lo que dice San Pablo...: Vivo, ya no yo; pero vive en mí Cristo (Gal. 2, 20). Por tanto, viviendo el alma vida tan feliz y dichosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si puede, qué vida será esta del alma, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en El.»

De este modo podrá practicar las virtudes todas con los divinos primores que convienen a aquellos perfectísimos

que tienen el ánimo purgado y han alcanzado ya la divina semejanza, de modo que su justicia *cum divina mente perpetuo foedere societur* (1-2, q. 61, a. 5), como *confirmados en gracia*, con lo cual se encuentran levantados sobre todas las pasiones y codicias humanas.

•Porque, añade S. Juan de la \dagger , es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquier cosa... ya... no le hacen dolor ni sentimiento, y la compasión, esto es, el sentimiento de ella, no le tiene, aunque tiene las obras y perfección de ella; porque aquí falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte; constante y perfecto de ellas; porque a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas de dolor, sin sentir dolor..., le acaesce al alma en esta transformación de amor; aunque algunas veces y en algunas cosas dispensa Dios con ella, dándoselo a sentir y dejándola padecer, porque merezca más, como hizo con la Madre Virgen; pero el estado de suyo no lo lleva.—En los deseos de la esperanza tampoco pena... pues se ve y siente llena de riquezas de Dios, y así en el vivir y en el morir está conforme, ajustada con la voluntad de Dios. Y así el deseo que tiene de ver a Dios es sin pena.»

Y ¿cómo ha de sentirla si ya lo ve de algún modo y está gozando, como dice el Angélico, de un presagio de la Gloria, sintiéndole a El reinando como Dueño absoluto en el propio corazón, según sucede a los que han merecido el premio incipiente de la primera bienaventuranza?

•Porque no anda ya contentándose, advierte el Doctor Místico (Canc. 32, p. 589), en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés, que es conocerlo por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad, sin algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes.» Pues «lo que puede caer en sentido no es Dios esencialmente».—Y por sentirlo así de un modo tan sobrehumano y divino, comprende que va «por modos y vías extrañas y ajenas

de todos los sentidos, y del común conocimiento natural.»

En ese estado de elevación tan sobre los procederes humanos, exclama S. Juan de la Cruz (*Cánt. esp.*, c. 34, p. 393), «en soledad vivía—y en soledad ha puesto ya su nido—y en soledad la guía—a solas su Querido».—Porque, «en esa soledad que el alma tiene de todas las cosas en que está a solas con Dios, El la guía y mueve, y levanta a las cosas divinas, conviene a saber, su entendimiento a las inteligencias divinas, porque ya está solo y desnudo de otras peregrinas inteligencias, y su voluntad mueve libremente al amor de Dios; porque ya está sola y libre de otras afecciones, y llena su memoria de divinas noticias; porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías; porque *luego que el alma desembarasa estas potencias* y las vacía de todo lo inferior, y de la propiedad de lo superior, dejándolas a solas sin ello, *inmediatamente* (Cf. Taulero, Serm. 2 in Pentec.), *se las emplea Dios en lo invisible y divino*, y es Dios el que guía en esta soledad, que es lo que dice San Pablo de *los perfectos* (Rom. 8, 14): ...*Son movidos de espíritu de Dios*».

De esta suerte, añade (Canc. 37, p. 603 6), «el alma ama a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya... en el mismo amor que El a ella la ama, que es el E. S., que se ha dado al alma, según lo dice el Apóstol (Rom. 5, 5)... Y así ama en el E. S. a Dios junto con el E. S., no como instrumento, sino juntamente con El, por razón de la transformación, supliendo lo que falta en ella».—Así «la muestra a amarle como El se ama; porque Dios, amándonos primero, nos muestra a amar pura y enteramente, como El nos ama. Y porque en esta transformación muestra Dios al alma, comunicándosele, un total amor generoso y puro, con que amorosísimamente se comunica El todo a ella, transformándola en Sí:—en lo cual le da su mismo amor, como decíamos, con que ella le ame—, es propiamente mostrarle a amar, que es como ponerla el instrumento en las manos, y decille El cómo lo ha de hacer, y irlo haciendo con ella, y así aquí ama el alma a Dios cuanto de El es amada, pues un amor

es el de entrambos: de donde no sólo queda el alma enseñada a amar, mas aun hecha maestra de amar con el mismo Maestro unida, y por el consiguiente *satisfecha*; porque hasta venir a esto no lo está; lo cual es amar a Dios cumplidamente con el mismo amor que El se ama; pero esto no se puede cumplidamente en esta vida, aunque en este *estado de perfección, que es el de Matrimonio espiritual,...* en alguna manera se puede. — Y desta manera de amor perfecto se sigue luego en el alma íntima y sustancial jubilación a Dios, que parece, y así es, que toda la substancia del alma bañada en gloria engrandesce a Dios; y siente a manera de fruición íntima suavidad, que la hace reverter en alabar, reverenciar, estimar y engrandescer a Dios; con gozo grande todo envuelto en amor; y esto no acaece sin haber Dios dado a la alma en el dicho estado de transformación gran pureza, tal cual fué la del estado de la inocencia, o limpieza bautismal».

He aquí, pues, la feliz condición de las almas verdaderamente *perfectas*, y de corazón y ánimo bien purgado, que en todo son ya ilustradas y conducidas del divino Espíritu (Jn. 6, 45; Rom. 8, 14), y cuyo principal oficio es *Deo adhaerere et frui*, según dice el Angélico; y así compiten en cierto modo con los bienaventurados, llevando ya una vida más celestial y divina que terrena y humana. Pues unidas tan íntimamente con Dios, están hechas *un espíritu con El*, y por tanto, verdaderamente *espirituales* y divinas.

De este modo, según el Doctor místico prosigue (c. 38, p. 607), sentirán «el aspirar del aire... con llama que consume y no da pena». «Este aspirar del aire, es una habilidad de el E. S. que pide aquí el alma para amar perfectamente a Dios... Es un delicadísimo toque y sentimiento de amor que ordinariamente en este estado se causa en el alma en la comunicación del E. S.; el cual a manera de aspirar con aquella su aspiración divina, muy subidamente levanta y la informa, para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que es el E. S., que a ella la aspira en dicha trans-

formación... Y esto es para el alma tan alta gloria y tan profundo y subido deleite, que no hay decirlo por lengua mortal ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello. Pero, el alma unida y transformada en Dios aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios, estando en ella, aspira en Sí mismo a ella... En los perfectos es en la manera dicha... Ella se hace Dios por participación... De donde las almas esos mismos bienes poseen por participación que El por naturaleza: por lo cual verdaderamente son dioses por participación...

»¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿en qué os entretenéis?... Oh miserable ceguera... en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos... En esta unión el alma jubila y alaba a Dios con el mismo Dios... es alabanza perfecta; porque estando el alma en perfección, hace las obras perfectas» — conforme decía Taulero.

Así el alma transformada se encuentra hecha tan otra y tan incomparablemente superior a lo que era, que a sí misma no se conoce y todo lo bueno que antes hacía le parece muy bajo e imperfectísimo para lo que ahora desea y puede.

«No tiene en nada, decía Sta. Teresa (Mor. 5, c. 2), las obras que hacía siendo gusano... Hánle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella ni su figura».

Y en otro lugar (Vida, c. 23), describiendo el cambio que en sí misma había experimentado, dice: «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida nueva. — La de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí».

Hasta tanto, por muy perfectas que aparenten ciertas almas, viviendo al modo humano, según se puede vivir en la pura *ascética*, por bien que se quiera uno portar, aún se encuentra, sin casi advertirlo, envuelto en miles de imper-

fecciones y miserias humanas, que le parecen cosas indiferentes, y que, sin embargo, se oponen a la perfección que se nos pide en el mismo primer mandamiento: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón y toda tu alma*, etc.: lo cual es imposible cumplir bien sin salir uno de sí mismo, quedando como a oscuras de todos los modos de obrar y conocer, en noche misteriosa que lo transforma todo de humano en divino.

«Esta noche, añade S. Juan de la Cruz (p. 610), es la contemplación, porque la contemplación es oscura, que por eso la llaman por otro nombre *Mística teología* (única contemplación de él y de toda la tradición conocida y enseñada), que quiere decir, sabiduría escondida y secreta de Dios, en la cual sin ruido de palabras... a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma, sin ella saber cómo: lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo; porque esto no lo hace el entendimiento activo, que llaman los filósofos, el cual obra en formas y fantasías y aprehensiones de las cosas; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo, el cual no recibe las tales formas, etc., sino pasivamente recibe inteligencia substancial, la cual es dada sin algún oficio suyo activo... Así esta noche de contemplación está para la vista de el entendimiento rasa y ajena de todas nubes de formas y fantasías y noticias particulares que puedan entrar por los sentidos».

De este modo es cómo llega a producirse en el alma una «llama que consume y no da pena;—la cual llama se entiende aquí por el amor de Dios ya perfecto en el alma; porque para ser perfecto estas dos propiedades ha de tener, conviene saber: que consuma y transforme el alma en Dios y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma».

Y en la *Llama de amor viva*, donde trata «del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios» (p. 620), advierte (canc. 1, p. 622): «Esta llama de amor es... el E. S., el

cual *siente ya el alma en sí*, no sólo como fuego que la tiene consumada y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama; y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno y *vale más que cuanto habrá hecho toda su vida sin esta transformación, por más que ello fuese*.

Verdaderamente que aquí el alma, como dijo Santo Tomás, tiene ya comunicadas las propiedades del mismo Espíritu Santo, y así sus obras tienen un valor prodigioso, incomparablemente superior al que puedan tener las de los mejores ascetas por más que digan los que—desconociendo estos misterios del divino amor—piensan que pueda haber en la vía puramente ascética, verdaderos santos, y tan grandes o mayores que los místicos; como si para serlo no necesitaran estar bien poseídos y dirigidos por esa Llama de amor, que es el mismo E. S., y como si no debiéramos, según afirmó Santo Tomás con el Apóstol, procurar ser en todo movidos y conducidos de El.

«En este estado, prosigue San Juan de la †, no puede el alma hacer actos (de por sí), que el E. S. la mueve a ellos, y por eso todos los actos de ella son divinos; pues son hechos... por Dios: de donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios.—Y este es el lenguaje y palabras que habla Dios en las almas *purgadas y limpias*.»

Y así es como éstas llegan a ver a Dios, según explica Santo Tomás que se nos prometió en la 6.^a bienaventuranza. Y quienes a eso no llegan y no perciben nunca ese lenguaje que habla Dios a los limpios, señal de que aún no lo están bastante para poder percibir el divino susurro, y obrar

a lo divino, y gozar de esa gloria incoada, que se manifiesta de algún modo en los que proceden ya como hijos de Dios (Rom. 8, 14-21; cf. Apoc. 2, 7, 11, 17, etc.) (1).

«Así—prosigue San Juan de la Cruz en su *Llama de amor*—es tanto más el deleite y el gozar del alma, y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo...; por cuanto el alma no puede obrar de suyo nada, si no es por el sentido corporal ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos: su negocio es ya sólo recibir de Dios...; y así todos los movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son suyos de él, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.»

Esto es lo mismo que enseñó Santo Tomás al decir (2-2, q. 52, a. 2, ad 1): «In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota». —De ahí que la obra así realizada sea en cierto modo divina, por ser el modo de obrar tan sobrehumano: «Si ea quae hominis sunt, supra humanum modum quis exequatur, erit operatio *non humana* simpliciter, sed quodammodo *divina*... Dona a virtutibus distinguuntur in hoc quod virtutes perficiunt ad actus *modo humano*, sed dona *ultra humanum modum*» (St. Th. In 3 Sent. d. 34, q. 1, a. 1).

Y por ser sobrehumano y divino el obrar de los dones, mediante los cuales toma posesión el E. S. de las almas fie-

(1) «Ad *visionem Dei* créatura rationalis elevari non potest, nisi *totaliter fuerit depurata*... Unde dicitur de Sapientia quod *nihil inquinatum in eam incurrit*». S. Thom. C. Gent. 1. IV, c. 91.

«A lo que recibe el entendimiento a modo de ver—porque puede *ver las cosas espiritualmente*, así como los ojos corporalmente—llamamos *visión*; a lo que recibe aprehendiendo y entendiendo cosas nuevas, llamamos *revelación*; y a lo que recibe a modo de oír, llamamos *locución*; a lo que recibe a modo de los demás sentidos, como es la inteligencia de *sua-ve olor espiritual*, y de *sabor espiritual* y *deleite espiritual* que el alma puede *gustar sobrenaturalmente*, llamamos *sentimientos espirituales*. De todo lo cual él saca *inteligencia* o *visión espiritual*, sin aprehensión alguna de forma, imagen o figura de imaginación o fantasía natural de donde los saque, sino que inmediatamente estas cosas se comunican al alma por obra sobrenatural y por medio sobrenatural».—San Juan de la Cruz, *Su-vida*, II, c. 21.

les y las va haciendo espirituales, según las va renovando y transformando en las llamas de su amor, de ahí, añade el Santo (ib. a. 3), que las operaciones así realizadas trasciendan infinito sobre las reglas y normas de la prudencia ordinaria, y no puedan ni deban ser según ella apreciadas. Así «oportet quod operationes donorum mensurentur ex altera regula quam sit regula humanae virtutis, quae est ipsa Divinitas ab homine participata suo modo, ut jam non humanitus, sed quasi Deus factus participatione operetur».

Y como Dios es un fuego que abrasa todo lo que a El se opone, esta llama del E. S., que una vez purificada el alma y sana del todo, le causa deleites de gloria, dándole vida eterna, antes para purificarla y sanarla bien, como tiene que consumir y destruir en ella tantas cosas terrenas, no puede menos de causar dolor y aflicción, si bien suave aunque muy penoso. Así añade San Juan de la Cruz (p. 627): «Esta llama, cuando el alma estaba en estado de *purgación espiritual*, que es cuando va *entrando en contemplación*, no le era tan arrojable y suave como... en este estado de unión.»

De esta suerte la mística sabiduría, conforme dice con Santo Tomás el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. myst. doctr.* c. 13), «purgat, illuminat, ac perficit animam».

Y sólo con ella, embriagada el alma de amor según se le va ordenando la caridad (Cant. 2, 6), para guardar bien el primer mandamiento, es como se purifica lo bastante para poder entrar de lleno en la vía iluminativa, propia de aprovechados, que ya, naciéndoles las místicas alas que Dios ofrece a los que en El confían (Is. 40, 31), puedan con su ayuda, aun antes de emprender altos vuelos, correr sin cansarse por las sendas de la virtud, cual conviene a los *proficientes* o *aprovechados*.

«Los aprovechantes, dice San Juan de la Cruz (Subida, II, c. 13), es a los que *Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural de contemplación*...

...En estos principios, cuando echaren de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego o noticia, habrán menester aprovecharse del discurso *hasta que vengan en ella a*

adquirir el hábito... en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quisieren meditar, luego se quedan en esta noticia y paz sin poder meditar ni tener gana de hacerlo... porque hasta llegar a este tiempo, que es de *aprovechados* en esto, ya hay de lo uno, ya de lo otro...— Mas «como el alma se acabe de purificar y vaciar de todas las formas e imágenes aprehensibles, se quedará en pura y sencilla luz, transformándose en ella en estado de perfección. Porque *esta luz nunca falta al alma*; pero por las formas y velos de criaturas con que el alma está velada y embarazada, no se le infunde: que si quitase estos impedimentos y velos del todo, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, *luego el alma ya sencilla y pura se transformaría* en la sencilla y pura Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma ya enamorada, *luego se infunde lo divino natural y sobrenaturalmente*» (1).

Así pues, continúa el místico Doctor (*Llama*, p. 629): «Queriendo Dios sacar al alma del estado común de vía y operacion natural a *vida espiritual*, y de *meditación* a *contemplación*, que es más estado celestial que terreno, en que *El mismo se comunica* por unión de amor, comenzándose El desde luego a comunicar al espíritu, el cual está todavía impuro e imperfecto, con malos hábitos, padece cada uno al modo de su imperfección, y a veces le es tan grave en cierta manera esta purgación al que dispone para que le reciba acá, por perfecta unión, como es la del purgatorio» (2).

(1) Por aquí se ve cuán engañados están los que opinan o se figuran que este tratado de la *Subida del Monte Carmelo* es ascético y la contemplación en él enseñada *adquirida* y no *infusa*, siendo como es evidentemente del todo idéntica a la de la *Noche oscura* y del *Cántico espiritual*. El Santo Doctor jamás habla de dos suertes de contemplaciones, sino de la única que conocía y había enseñado Santa Teresa con toda la tradición: de «*la contemplación*», sin más calificativos, sino los de ser *noticia oscura y amorosa comunicada por Dios al alma* cuando la va poniendo en silencio de las potencias y con desgana y dificultad para meditar...

(2) Para que las almas se animen a sufrir esa dolorosa purgación, empieza a tratar de la *Noche oscura* (l. 1, c. 1-7), haciendo un maravilloso

Pero ¡venturosa el alma que así se purifica en fuego de amor, creciendo a la vez lo indecible en caridad y gracia!.. Porque una vez bien acrisolada con ese divino cauterio, queda tan espiritualizada y tan divina, que como añade el mismo Santo (Canc. 2, p. 635), «todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni la toca; porque ésta es de quien dice el Apóstol (I Cor. 15): *El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado*.—Et iterum (ib. 10): *El espiritual todo lo rastrea, hasta los profundos de Dios*. ¡Oh, gran gloria de las almas que merecéis llegar a este sumo fuego, en el cual, pues, hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consume en gloria!»

«Por tanto, prosigue (p. 637), el que se quiere arrimar mucho al sentido corporal, no será muy espiritual. Esto digo por los que piensan que a pura fuerza y operación del sentido (ejercicios de meditación y demás propios de la vida ascética), que es bajo, pueden venir a llegar a las fuerzas y a la alteza del espíritu, a que no se llega sino el sentido corporal quedándose fuera...

«Por estos trabajos en que Dios al alma y sentido pone, añade (p. 640), va ella cobrando virtudes y fuerza y perfección con amargura (2 Cor. 12, 9), porque la virtud en la flaqueza se perfecciona».

Sin estos trabajos y pruebas y obscuridades y arideces y otras penalidades propias de la *purgación pasiva*, nunca podrá el alma salir de principiante, y así distará mucho de llegar a la verdadera perfección de la vida sobrenatural, que no se hallará sino en las alturas de la mística (1).

análisis de las múltiples imperfecciones en que suelen incurrir los principiantes, o sea los que aún proceden al modo humano, o por vía de curso, a fin de que así vean claro la necesidad que tienen de pedir a Dios que los ponga en esa *noche*, sin la cual les será imposible purificarse lo bastante para poder pasar a la *via iluminativa*, y menos a la *unitiva*.—Así la oscura contemplación en que allí son puestos, es la que va purificándolos de veras a la vez que les infunde sabiduría y amor.

(1) «Por aquí se verá cómo, según la tradición conservada por San

Y quien a ésta no llegue y se quede siempre como confinado a la ascética, no eche la culpa a falta de llamamientos, porque N. S. dice que está con insistencia llamando aun a la puerta del corazón del tibio (Apoc. 3, 20), sino por resistir a la gracia y hacerse sordo a las divinas inspiraciones y no aceptar como conviene las pruebas que son menester.

«Aquí—añade el mismo San Juan de la Cruz—nos conviene notar ¿por qué son tan pocos los que llegan a este alto estado?—En lo cual es de saber que no es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados; que antes querría que todos lo fuesen, sino porque halla pocos vasos en quien hacer tan alta y subida obra: que como los prueba en lo menos y los halla flaccos... no va ya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia.»

«Tengo para mí, había dicho conforme a esto Santa Teresa (Camino, c. 31), que por eso no hay muchos más espirituales, porque como no corresponden en los servicios... vase (N. S.) a buscar a donde le quieran para dar más.»

La «vida espiritual perfecta, vuelve a decir San Juan de la † (p. 643)... se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar a la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios... En la cual no podrá vivir el alma perfectamente si no muriere también perfectamente al hombre viejo».

Mas «cuando ha llegado a perfección de unión con Dios... todos los apetitos del alma y sus potencias, y las operaciones de ellas... se truecan en divinas: y... teniendo sus operaciones en Dios, por la unión que tiene con Dios, el alma vive vida de Dios, y se ha trocado su muerte en vida. Por-

Juan de la Cruz, observa el P. Garrigou-Lagrange (*Perfect. chr. et contempl.* p. 565), la vía purgativa perfecta requiere las purificaciones pasivas del orden místico; la iluminativa es por él llamada *vía de contemplación infusa* (*Noche*, I, c. 14, y por qué, en fin, la unitiva no se completa normalmente sino con la unión transformante, prelude del cielo. Estas tres vías quedan muchas veces empujadas, por contentarse con describirlas por de fuera; San Juan de la Cruz, como las miraba desde muy alto, iba derecho al fondo.»

que el entendimiento... ya es movido e informado de otro principio de lumbre sobrenatural de Dios y se ha trocado en divino... Y la voluntad, que antes amaba... bajamente, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino; porque ama altamente con afecto divino movida del E. S., en que ya vive... Y la memoria, que de suyo percibía sólo las formas y figuras de criaturas, es trocada en tener en la mente los años eternos que David dice (*Ps.* 76, 6). Y el apetito que sólo gustaba el manjar de criatura... es trocado en gusto y sabor de manjar divino... Y finalmente, todos los movimientos y operaciones que antes tenía el alma, del principio de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos de Dios. Porque el alma en todo, como verdadera hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice S. Pablo (*Rom.* 8, 14)... De manera que ya el entendimiento del alma es entendimiento de Dios; y la voluntad es voluntad de Dios; y la memoria, memoria de Dios; y el deleite, es deleite de Dios; y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en El, pero estando unida a El, y absorta en El, es Dios por participación de Dios: lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra* (1).

(1) «En habiendo *habito de unión*, que es ya estado sobrenatural, advierte en otro lugar el mismo S. Juan de la Cruz (*Subida*, 1. 3, c. 1), desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones, y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural. Y así, estando la memoria transformada en Dios, no se le pueden imprimir formas ni noticias de cosas: por lo cual las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas; porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero Señor de ellas, por la transformación de ellas en Sí, El mismo es el que las mueve y manda divinamente, según su Divino Espíritu y voluntad; y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios. Y son operaciones divinas, por cuanto *el que se une con Dios un espíritu se hace con El* (*I Cor.* 6, 17).—Y de ahí que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas. Y de aquí es que las obras de las tales almas solas son las que convienen y son razonables, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar... Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales

¡Tan cierto es lo que dijo el Angélico, que «en la vida espiritual—para ser perfecta—todos nuestros movimientos deben ser producidos por el E. S., de cuyas divinas propiedades goza el alma santa...!

Más tarde el gran Doctor místico (p. 671), explicando él *con extraños primores—calor y luz dan junto a su Querido*—añadirá: «Así están actualmente Dios y el alma en un amor recíproco... en que los bienes de entrambos que son la Divina Esencia... los poseen entre ambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre (Joan. 17, 10): «Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías, y clarificado soy en ellas».—Lo cual en la otra vida es sin intermisión, en la fruición perfecta. Pero en este estado de unión acaece cuando Dios ejercita en el alma el acto de esta transformación».

Así proseguía antes diciendo (p. 645): «El alma siente a Dios aquí tan solícito en regalarla, y con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras engrandeciéndola y haciéndole unas y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo a quien regalar, ni otras cosas en que se emplear, sino que El todo es para ella sola».

¡Y llega ese Dios de Amor hasta el punto de someterse a esa feliz alma y servirla y regalarla como si ella fuese su señora y El su esclavo...!

«Nam Deus omnipotens, dice Sto. Tomás (*Opusc. 63 de Beat.*, cap. 2), *singulis angelis sanctisque animabus in tantum se subjicit, quasi sit servus emptitius singulorum, quilibet ipsorum sit Deus suus. Ad hoc innuendum, transiens ministrabit illis* (Lc. 12), *dicens in Psalmo: Ego dixi: Dii estis*».

Conforme a esto afirmará—repetiendo casi la misma frase—S. Juan de la Cruz (*Cant. esp.*—2.^a Redac.—anot. a conc. 27): «Llega a tanto la ternura y verdad de amor con que aquel inmenso Padre regala y engrandece a esta hu-

almas son divinos; y no hay que maravillarse que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinas, pues están transformadas en ser divino».

milde y amorosa alma, ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración! que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, *como si El fuese su siervo y ella fuese su señor*. Y está tan solícito en la regalar, como si El fuese su esclavo».

Esto es lo que volvía loca de amor a Sta. Teresa, haciéndola exclamar:

«Aquesta divina unión
del amor en que yo vivo
hace a Dios ser *mi cautivo*
y *libre* mi corazón;

mas causa en mí tal pasión,
ver a Dios mi prisionero,
que muerdo porque no muerdo.

De ahí nada extraño que esas almas vayan sintiendo indescibles ansias de Dios a medida que las potencias se vacían de apegos terrenos que las cegaban e incapacitaban. Pues, «es cosa admirable, añade el místico Doctor (Llama, *canc. 3, p. 652*), que con ser capaces de infinitos bienes, basta el menor de ellos a embarazarlas de manera, que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse... Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual... y ese gran sentimiento comunmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes que llegue a la unión, donde ya se satisfacen. Porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afición de ella, y perdido el temple natural, está templado a lo divino, y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que a morir».

Esta ardiente sed de lo divino sin duda alguna que todos los cristianos podríamos llegar a sentirla si de veras procurásemos vaciarnos de todo lo demás y ser fieles a la gracia; pues Dios no desearía otra cosa.

«El deseo de Dios en todas las mercedes que le hace, prosigue (p. 655), es disponerla para otros más subidos y delicados unguentos... hasta que venga en tan delicada y pura disposición que merezca la unión de Dios y transformación sustancial de todas sus potencias».

Lo cual indicó bien Sto. Tomás al decir que los que tienen «hambre y sed de justicia» merecen empezar a gozar desde aquí abajo de esa divina hartura.

Pero al logro de este fin se oponen sin darse cuenta muchos malos directores y consejeros que quieren saciar esa mística sed con cosas que no sacian.

«Advirtiendo, pues, el alma, continúa S. Juan de la \dagger , que en este negocio es Dios el principal agente y el... que la ha de guiar por la mano a donde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales, que no puede su entendimiento, ni voluntad ni memoria saber cómo son; todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo a la guía, que es el E. S...; y este impedimento le puede venir si se deja guiar de otro ciego... Y para este camino, a lo menos para el más subido de él, y aun para lo mediano, apenas hallará un guía cabal... Porque para guiar el espíritu aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo más subido, no atinarán a encaminar al alma en ello, cuando Dios se lo da; y podríanla hacer harto daño, porque no entendiéndolos la vía del espíritu, muchas veces hacen perder a las almas la unción de estos delicados unguentos con que el E. S. las va disponiendo para Sí, gobernándolas por otros *modos rateros* que ellos han leído por ahí, que no sirven sino para *principiantes*; que no sabiendo ellos más que para principiantes..., no quieren dejar a las almas pasar aunque Dios las quiera llevar a más de aquellos principios y modos discursivos e imaginarios..., con que ellos pueden hacer *muy poca hacienda*».

Así afirmó repetidas veces Sta. Teresa que en breves momentos de oración sobrenatural, por ínfima que sea, se adelanta más en todo que con años de «consideracioncillas».

Y es porque aquella oración es hecha bajo el influjo de los dones, los cuales, como decía Sto. Tomás (*De Charit.*, q. un., a. 2, ad 17), «perfeccionan las virtudes elevándolas—de nuestros pobres modos humanos y bajos—a un modo de obrar sobrehumano», cual es el de los que ya se dejan guiar del E. S., y así han salido de principiantes.

«El estado de principiantes, prosigue S. Juan de la Cruz, es meditar y hacer actos discursivos. En este estado, necesario le es al alma que se le dé materia para que discurra y que de suyo haga actos interiores..., porque así le conviene para habitar los sentidos y apetitos a cosas buenas... Mas cuando esto ya en alguna manera está hecho, *luego los comienza Dios a poner en estado de contemplación*, lo cual suele ser muy en breve, mayormente en gente religiosa; porque más en breve, negadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y apetito; y luego no hay que hacer sino pasar de meditación a contemplación».

Lo cual es muy conforme con lo por Sto. Tomás enseñado acerca de la 6.^a bienaventuranza: que una vez bien purificados los corazones, se *ve* a Dios contemplándole con el don de inteligencia.

«Los bienes interiores que esta callada contemplación deja impresos en el alma sin ella sentirlo, añade San Juan de la Cruz (p. 658-60), son inestimables, porque en fin son unciones secretísimas y delicadísimas del E. S., en que secretamente llena al alma de riquezas y dones y gracias; porque en fin, siendo Dios, hace como Dios. Estos bienes, pues, y estas grandes riquezas... que por su delgadez y sutil pureza, ni el alma ni el que la trata las entiende..., no más de una tantica obra que el alma quiera hacer de aplicar sentido o apetito, de querer así alguna noticia o jugo o gusto, se deturban e impiden: lo cual es *grave daño* y gran dolor y lástima... Es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla, que de turbar y echar a perder muchas almas de estotras comunes que no están en aquel puesto de tan subido esmalte».—Sin embargo, por desgracia nuestra, «con ser este daño tan grande, más que se puede encarecer, es tan común que apenas se hallará un maestro espiritual que no lo haga en las almas que de esta manera comienza Dios a recoger en contemplación; porque cuántas veces está Dios ungiendo al alma con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria y muy ajena del sentido y de lo que puede pensar, no pudiendo meditar...

porque Dios la tiene ocupada en aquella unción... y vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero, y porque él no enseña más que aquello, dirá: anda, dejaos de eso, que es perder el tiempo y ociosidad; sino tomá y medita y hacé actos... Y así no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que... aquel caminar con discurso está ya hecho...

«Adviertan estos tales y consideren que el E. S. es el principal agente y movedor de las almas; que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solos para enderezar las almas por la regla de fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una. Y así todo su cuidado sea no acomodar al alma su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben por donde Dios las lleva; y si no lo saben, *déjenlas y no las perturbén.*»

«No entendiendo, pues, éstos a las almas que van por contemplación quieta y solitaria, vuelve a decir (p. 662), por no haber ellos pasado, ni aun quizá llegado, de un modo ordinario de discursos y actos, pensando, como he dicho, que están ociosas, porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido... no percibe las cosas que son de Dios, dice San Pablo (I Cor. 2, 14), les turban la paz de la contemplación... y las hacen meditar y discurrir y hacer actos, no sin gran desgana y repugnancia y sequedad y distracción de las mismas almas... No saben éstos qué cosa es espíritu, y hacen a Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra; porque le ha costado mucho a Dios llegar estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado a esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderlas hablar al corazón, que es lo que El siempre desea... siendo ya El el que en el alma reina con abundancia de paz, y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias con que, trabajando toda la noche no hacía nada; apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido; porque *sentido ni su obra no es capaz de espíritu.*»

«¡Oh, quién pudiera decir, insiste (p. 669), cuán imposible

es al alma que tiene apetitos, juzgar las cosas de Dios como ellas son... Infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y los no de Dios por de Dios. Porque... no ven más que catarata, que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido... Por lo cual los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos... crean que las cosas bajas del espíritu, que son las que más se llegan al sentido en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa, y las que fueren actos del espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco, y no las estimarán, y aun las tendrán por locura, como dice San Pablo diciendo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; sonle a él como locura y no las puede entender (I Cor. 2, 14). Y hombre animal es aquel que todavía vive con apetitos y gustos de su naturaleza.»

«Grandemente se estorba el alma para venir a este alto estado de unión con Dios, advierte en otro lugar (*Subida del Monte Carmelo*, 1. 2, c. 3), cuando se ase a algún entender, sentir o imaginar, o parecer, o voluntad o modo suyo, o cualquier otra obra o cosa propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello. Porque a lo que va es sobre todo eso... y así sobre todo se ha de pasar al no saber. Por tanto en este camino, *el dejar su camino es entrar en camino*; o por mejor decir: *pasar al término y dejar su modo*, es entrar en el término que no tiene modo, que es Dios... Por tanto, trasponiéndose a todo lo que espiritual y naturalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón.. En este camino, cegándose en sus potencias, ha de ver luz según lo que Cristo N. S. dice...: Yo he venido a este mundo para juicio; de manera que los que no ven vean, y los que ven, se hagan ciegos (Joan. 9, 39). Lo cual, así como suena, se ha de entender en este camino espiritual, y así... el alma que estuviere a oscuras y se cegare en todas sus luces propias y naturales, *verá sobrenaturalmente*; y la que a alguna luz suya se quisiere arrimar, tanto más se cegará y se detendrá en el camino de la unión.»

Por donde se ve muy claro cómo, según enseñó Santo Tomás con palabras del Apóstol, nunca podrá un alma ser perfecta verdaderamente mientras que en ella no funcionen bien sus *sentidos espirituales* de modo que pueda en realidad *sentir las cosas divinas*.

«Aunque estas *visiones* de sustancias espirituales, advierte San Juan de la Cruz (ibid. c. 22), no se pueden de ley ordinaria desnuda y claramente *ver* en esta vida con el entendimiento, puédense empero *sentir* en la sustancia del alma, mediante una *noticia amorosa* con suavísimos *toques* y *juntas*, lo cual pertenece a los *sentimientos espirituales*.»

Estas *noticias* de verdades desnudas, añade (c. 24), pueden ser acerca del Criador o acerca de las criaturas. — «Y aunque las unas y las otras son muy sabrosas para el alma, pero el deleite que causan en ella estas que son de Dios, no hay cosa a que lo comparar, ni vocablos ni términos con que lo poder decir; porque son *noticias del mismo Dios* y deleites del mismo Dios, que como dice David (Ps. 39, 6): *No hay cosa alguna como El*. Porque acaecen estas noticias *derechamente acerca de Dios, sintiendo altamente de algún atributo*... Y estas altas noticias no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios, porque *ellas mismas son la misma unión*; porque consiste el tenellas en cierto *toque que se hace del alma en la Divinidad, y así el mismo Dios es el que es allí sentido y gustado*; y aunque no manifiesta y claramente como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma... Aquellas noticias *saben a Esencia Divina* y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tal».

Que es lo mismo enseñado por Santo Tomás al decir que por el don de inteligencia se puede ya ver a Dios de algún modo, y por el de sabiduría, gustar un presagio de la gloria, y que el conocimiento de Dios que dan los dones es intermedio entre el de los viadores y el de los comprensores. — De ahí el valor inestimable que tienen y el fruto que obran.

«Hay algunas noticias y toques, prosigue el Doctor místico, de estos que hace Dios en la sustancia del alma, que

de tal manera la enriquecen, que no sólo basta una de ellas para quitar al alma de una vez todas las imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de bienes y virtudes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiere padecido, aunque fuesen innumerables; y queda tan animada y con tanto brio para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho... Vale más uno de estos recuerdos y toques de Dios al alma, que otras muchas noticias y consideraciones.»

Mas «estas mercedes no se hacen al alma propietaria, porque son hechas con muy particular amor de Dios, que tiene con la tal alma porque el alma también se le tiene a El muy desapropiado. Porque *esto es lo que quiso decir el Señor por San Juan (14, 21) cuando dijo: Aquel que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a Mi mismo a él.*—En lo cual se incluyen las noticias y loques... que manifiesta Dios al alma que de veras le ama» (Subida, II, c. 24).

Y en efecto, pues los dones de inteligencia y sabiduría con que Dios comunica esas admirables noticias y produce esos toques y mociones, están todos, como enseña el Angélico, vinculados en la caridad y con ella crecen y se perfeccionan, sin duda que para producir sus frutos de vida y santificación y no para estar ociosos.—Pues como añade el mismo San Juan de la \dagger (ib. c. 27): «cuanto más pura y esmerada está esta alma en perfección de viva fe, más tiene de caridad infusa; y cuanto más caridad tiene, *tanto más la alumbra y comunica los dones el E. S.*, en tal manera, que la caridad es la causa y el medio por donde se los comunica.»

De las locuciones sustanciales dice el gran Doctor místico (Subida, II, c. 29), que «son de tanto momento y precio, que le son al alma vida y virtud y bien incomparable; porque tal vez *le hace más bien una palabra de éstas, que cuanto el alma ha hecho toda su vida...* Y así estas palabras

substanciales sirven mucho para la unión del alma con Dios... Dichosa el alma a quien Dios las hablare.—Habla, Señor, que tu siervo oye» (I Reg. 3, 10).

Y hablará seguramente el Señor a cuantos se hallen ya bien preparados, o sea desprendidos de todo y puestos en la mística soledad a que El se dignó llamarnos (Oseas, 2, 14).

«Cuando el alma, advierte el mismo S. Juan de la \dagger (*ib.* c. 4), quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor... Por eso se ha de desnudar el alma de toda criatura, acciones y habilidades suyas; conviene a saber, de su entender, gustar y sentir, para que echado todo lo que es disímil y desconforme a Dios, venga a recibir semejanza de Dios, no quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios, y así se transforme en Dios... De donde aquella alma se comunica a Dios más que más aventajada está en amor; lo cual es tener más conforme su voluntad con la de Dios. Y la que totalmente la tiene conforme y semejante, totalmente está unida y transformada en Dios sobrenaturalmente... De manera que el alma *no ha menester más de desnudarse de estas contrariedades... para que Dios... se le comunique sobrenaturalmente...*

...El que no renaciere en el E. S., no podrá *ver* este reino de Dios (Joan. 3, 3) que es el *estado de perfección*.

...En dando, pues, lugar el alma, que es quitando de sí todo velo..., *luego queda esclarecida y transformada en Dios*.—Y entonces «más parece Dios que alma, y aún es Dios por participación; aunque es verdad que su *sér* naturalmente se le tiene tan distinto del de Dios como antes, aunque está transformada... No puede haber perfecta transformación si no hay perfecta pureza; y... *según la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios*... La que nunca llega a pureza competente a su capacidad, nunca llega a la verdadera paz y satisfacción; pues nunca llega a tener la desnudez y vacío de sus potencias cual se requiere para la sencilla unión con Dios».

Todo lo cual había resumido el Doctor Angélico en es-

tas breves palabras: «In anima vero, antequam ad istam uniformitatem perveniat, exigitur quod duplex ejus deformitas amoveatur. Primo quidem illa quae est ex diversitate exteriorum rerum... et secundo quae est ex *discursu rationis*» (S. Thom. 2-2, q. 180, a. 6, ad 2).

* * *

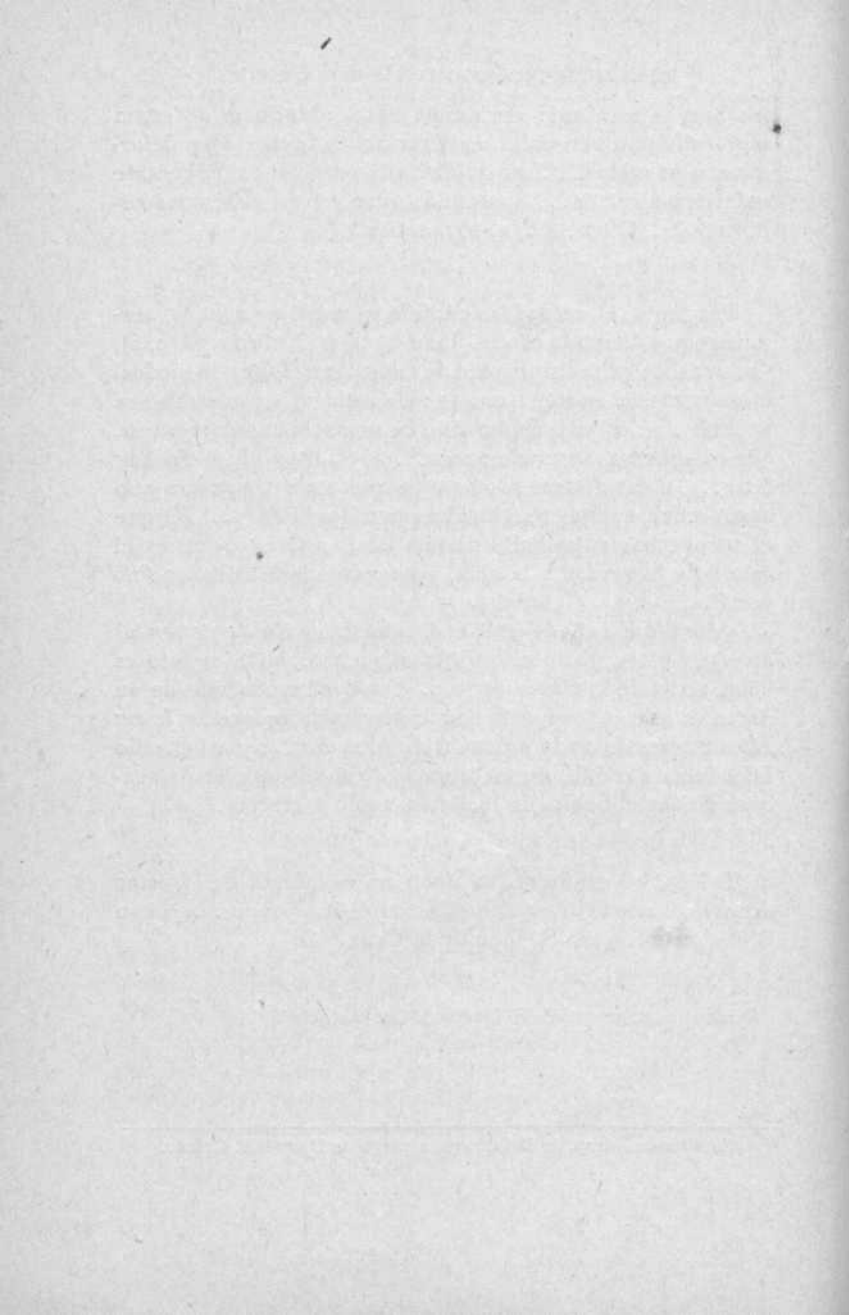
Por tanto, el verdadero camino para hallar a Dios, terminaremos diciendo con S. Juan de la \dagger (*Subida*, II, c. 6), «no consiste en multiplicidad de *consideraciones*, ni modos, ni maneras, ni gustos, aunque todo esto en su manera sea necesario a los principios; sino en una sola cosa necesaria, que es *saberse negar de veras*... Si en este ejercicio hay falta..., todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan altas consideraciones... Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino y la verdad y la vida, y ninguno viene al Padre sino por El».

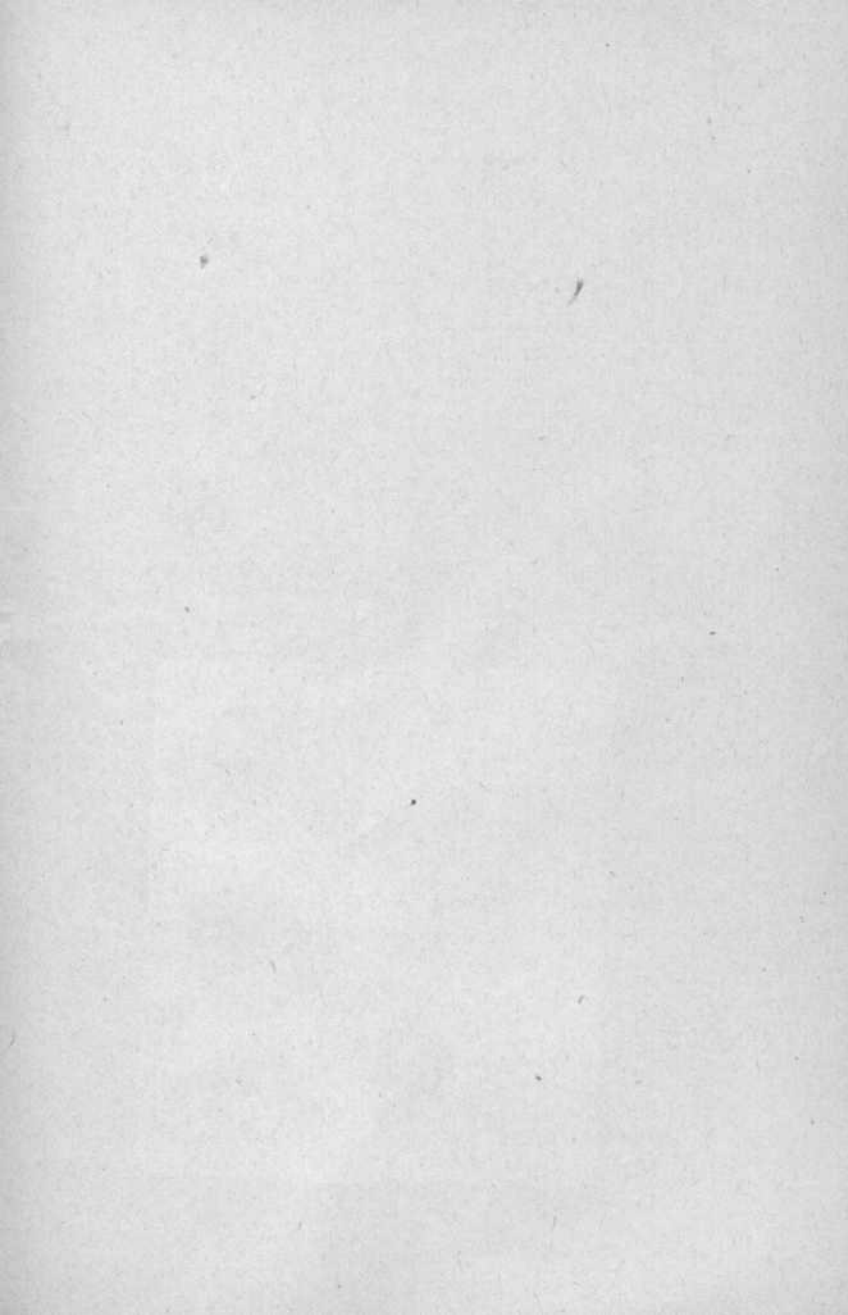
«Verdad es, añade (l. 3, c. 1), que *Dios ha de poner* (al alma) en este *estado sobrenatural*; mas... ella cuanto es en sí, se ha de ir disponiendo... Y así, al modo que de su parte va entrando en esta negación y vacío de formas, *la va Dios poniendo en la posesión de la unión*...; y así cuando Dios fuere servido, según el modo de su disposición la acabará de dar el hábito de la divina unión perfecta».

* * *

Tal es, en resumen, la doctrina espiritual del Doctor Angélico, maravillosamente desarrollada y expuesta por su fidelísimo discípulo S. Juan de la Cruz.

Salamanca, Convento de S. Esteban, 24 de Junio de 1923.





At. 36 Autor Leonés.

10 €

Ref. Cot. 36 - León

€ 10

latrastienda@latrastienda.info



**LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11
Tfno.: 987 215 285

LEÓN

www.latrastiendalibros.com
latrastienda@inicia.es

